

Impotencia

.....
Carmen Ibarlucea

Puebla de la Calzada

En estos días de calor, un grupo de personas rumanas, hombres y mujeres, llevan algunos días (no he conseguido saber cuántos) viviendo entre Puebla de la Calzada y Montijo. Yo he tenido la suerte de conocer a una de estas mujeres, su nombre es Karina, pero no he podido conversar con ella porque el idioma limita nuestra comunicación.

Apenas sé de ella que tiene una hija de 6 años que se quedó en Rumania, mientras ella y su marido intentan encontrar trabajo en nuestro país durante el verano para asegurarse un invierno mejor... quizás alguien les habló del tomate, de la fruta o de la uva... no lo sé. Lo único que llevo a entender de lo que me explica Karina en una jerga extraña es la desesperación de vivir a cielo abierto, el calor y el miedo a la «politzia» ¡y no hay trabajo! Es verdad, no hay trabajo, ni para ella, ni para mí... pero para mí hay una vivienda digna, un respeto porque soy española y un subsidio si llevo a estar en apuros. Para ella (que es como yo) hay desprecio.

Hoy Karina ha venido a despedirse; regresa a Rumania por la módica cantidad de 75 euros el billete, aunque yo no llevo a comprender si se va en autobús o en la furgoneta de un rumano que va y viene cada semana,

en realidad es lo de menos, lo de más es que ha pasado por mi vida y he sido incapaz de hacer más...

Para más INRI abro mi correo electrónico y me llega la noticia de la lista «papeles para tod@s» donde me cuentan que según la Cruz Roja en su informe presentado durante este mes, los inmigrantes envían a sus países (ellos los más pobres) 72.000 millones euros (11,9 billones de pesetas), mientras nosotros (a través de nuestro gobierno) dedicamos a cooperación 45.000 millones euros (7,5 billones de pesetas).

Como me gusta aumentar mi saber, me pongo a leer en la red sobre la cuestión de la remesas y encuentro un estudio en la página del departamento de estado de EE.UU. <http://usinfo.state.gov/journals/ites/0901/ijes/martin.htm>, donde me explican que «en general los inmigrantes latinoamericanos tienen ingresos bajos, a menudo viven en la pobreza y sin embargo remiten miles de millones de dólares a sus países.» Y también que «las asociaciones en el exterior de migrantes oriundos de un mismo pueblo son contribuyentes importantes, que envían recursos comunales a los pueblos de donde salieron. Estos recursos, recolectados en una variedad de formas, han ayudado a los pueblos a mejorar carreteras, sistemas de suministro de agua y alcantarillado, puestos de salud, escuelas y demás infraestruc-

tura comunitaria. Estas asociaciones con frecuencia comienzan con pocos recursos pero tienen el potencial de crecer considerablemente.» Y lo más increíble de todo, hasta los economistas se han dado cuenta y contemplan estos envíos de dinero, de los pobres para los pobres (Edward Taylor de la Universidad de California en Davis), como una herramienta de desarrollo para las naciones empobrecidas.

Ayer mismo, un grupo de personas semidesconocidas conversábamos en Montijo sobre las ONGD, la cooperación internacional y la posibilidad de cambiar el mundo; alguien a quien respeto enormemente (por predicar con el ejemplo) decía: la cooperación no sirve, solo la austeridad del norte rico cambiará la vida de los pobres... ¿se imaginan?. Si el futuro de los pueblos pobres está en lo que envían sus emigrantes... ¿qué no podrían hacer si los ricos además dejáramos de explotarlos?

Karina regresa a Rumania, llevará con ella el peso del fracaso, pero ésta es una aldea global, ella cambia de habitación, no de casa. En mí deja una terrible sensación de impotencia, porque no sé dónde volver mis ojos para ponerme a trabajar por la acogida y la integración en mi comarca.

Desde Puebla de la Calzada doy la bienvenida a los inmigrantes, admiro su valor, admiro su entereza y admiro su humanidad.